

trataba de la guerra santa contra los infieles, en que el de Aragón era tan práctico y experimentado; y como supiese que el papa se ofrecía á ir en persona á la Tierra Santa, prometióle, si así se verificaba, servirle personalmente y asistirle con la décima de las rentas de sus dominios. Tan señaladas muestras de aprecio y de predilección de parte del pontífice alentaron al monarca aragonés á significarle que desearía tener la honra de ser coronado por su mano ante una asamblea de tantos y tan insignes preladados y de tan esclarecidos príncipes. Respondióle el papa Gregorio que lo haría, siempre que primero ratificase el feudo y tributo que su padre Pedro II había ofrecido dar á la Iglesia al tiempo de su coronación, y que pagase lo que desde aquel tiempo debía á la Sede Apostólica. Tan inesperada proposición desagradó al soberano aragonés en términos que con mucha dignidad y energía envió á decir al papa, que habiendo él servido tanto á la Iglesia romana y á la cristiandad, mas razón fuera que el pontífice le dispensase á él gracias y mercedes, que pedirle cosas que eran tan en perjuicio de la libertad de sus reinos, de los cuales en lo temporal no tenía que hacer reconocimiento á ningún príncipe de la tierra; que él y los reyes sus mayores los habían ganado de los infieles derramando su sangre, «y que no había ido á la corte romana (copiamos las palabras de un ilustre y respetable historiador aragonés) para hacerse tributario, sino para mas eximirse, y que mas quería volver sin recibir la corona que con ella, con tanto perjuicio y disminución de su preeminencia real (1).» Con esto regresó don Jaime á sus Estados, harto desabrido con el papa Gregorio, de quien no había de quedar mas satisfecho Alfonso de Castilla que á muy poco de esto pasó á verle en Belcaire, y por eso el de Aragón desaprobaba tanto el viaje de su yerno, según antes hemos manifestado.

El fallecimiento del rey de Navarra Enrique I llamado el Gordo (1274) y la circunstancia de no dejar sino una hija de dos años, proclamada no obstante sucesora del reino poco antes de morir su padre, trajo nuevas complicaciones á los cuatro reinos de Navarra, Francia, Aragón y Castilla. Dividieronse los navarros mismos en contrarios pareceres, siendo el de algunos que la tierna princesa fuese encomendada al rey de Castilla, opinando otros, por complacer á su madre, que se llevase á Francia (que era su madre la reina doña Juana, hija de Roberto, conde Artois, hermano de San Luis), y no faltando quien fuera de dictámen que se llamase á suceder en el reino al monarca de Aragón. No tardó en verdad don Jaime en enviar al infante don Pedro á requerir á los ricos-hombres y ciudades de Navarra para que le recibiesen por rey, trayéndoles á la memoria todas las razones y fundamentos de derecho en que apoyaba su reclamación, que no eran pocos ni desatendibles, según en el discurso de nuestra historia hemos visto. Por su parte don Alfonso de Castilla, vista la división de los navarros é invitado por alguno de ellos, resucitó también sus antiguas pretensiones al reino de Navarra, y muy poco antes de su viaje á Francia encomendó al infante don Fernando que entrase con ejército en aquellas tierras para hacer valer con el argumento poderoso de las armas sus derechos. En tal situación, temerosa la viuda de Enrique de que en las alteraciones que ya había y amenazaban ser mayores le arrancasen de su poder su tierna hija (2), tomó el partido de llevarla consigo á Francia.

Aunque el reino de Aragón se hallaba entonces tan conmovido y turbado como hemos dicho por las discordias de los dos hijos del rey y el alzamiento de los ricos-hombres, era á la verdad la pretensión del aragonés la que mas fuerza hacía á los navarros y á la que mas se inclinaban; por lo cual reunidos estos en córtes en Puente la Reina, y oída la demanda del infante don Pedro, enviáronle un mensaje pidiéndole por merced les declarase en qué manera pensaba gobernarlos, y cuál era la amistad que quería tener con ellos. Respondióles el infante que con todo su poder y con todas sus fuerzas los defendería contra todos los hombres del mundo; que les

guardaría sus fueros, y aun los mejoraría á conocimiento de la corte; que aumentaría las caballerías de Navarra á quinientos sueldos de cuatrocientos que valían; que los oficiales del reino serían todos navarros; que en sus ausencias sería su gobernador el que la corte le aconsejase, y por último que don Alfonso su hijo habría de casar con doña Juana, la hija del rey don Enrique. En su vista juntáronse otra vez los preladados, ricos-hombres, caballeros, y procuradores de las ciudades de Navarra en Olite, y habida deliberación ofrecieron que darían la princesa doña Juana en matrimonio al infante don Alfonso, hijo de don Pedro; que cuando no pudiesen cumplir esto, se comprometían á pagarle doscientos mil marcos de plata, para lo cual obligaban todas las rentas del reino que don Enrique tenía cuando murió; que ayudarían á su padre y á él con todo su poder contra todos los hombres del mundo (que es la frase que por lo común se usaba en aquel tiempo), así dentro como fuera de Navarra; que salvarían al rey de Aragón y al infante y sus sucesores el derecho que tenían al reino de Navarra cuanto pudiesen con fe y lealtad, y que harían pleito-homenaje al infante. Pero este pacto, que juraron guardar y cumplir todos aquellos preladados, ricos-hombres, caballeros y procuradores, quedó tan sin efecto como las gestiones del rey de Castilla, sin que le valiese al infante don Fernando de la Cerda haber entrado con ejército hasta Viana y tomado á Mendavia, puesto que habiéndose acogido la reina viuda de Navarra al rey de Francia su primo y entregádole su hija determinó aquel rey, Felipe el Atrevido, casar con ella á su hijo primogénito Felipe, y con ayuda de la reina viuda que se hallaba todavía apoderada de los principales castillos fué poco á poco posesionándose del reino, pasando de este modo la corona de Navarra á la dinastía francesa.

La invasión de los Beni-Merines de Africa en Castilla (1275) produjo también efectos de consecuencia en Aragón. Después de haber hecho el infante don Pedro reconocer y jurar en las córtes de Lérida á su hijo don Alfonso sucesor y heredero del reino, para cuando faltasen su abuelo y su padre, partió apresuradamente en socorro de Castilla por la frontera de Murcia. Pero los moros que habían quedado en Valencia, alentados con la entrada de los africanos en Andalucía, y mas con algunas compañías de zenetas, que del reino de Granada se corrieron á aquella parte, levantáronse otra vez, y se apoderaron fácilmente de algunos castillos mal guardados por lo desapercibidos que sus presidios estaban. Al frente de esta sublevación apareció de nuevo aquel Al Azark, motor principal de la rebelión primera de los moros valencianos. Procuró don Jaime remediar con tiempo este daño mandando á todos los ricos-hombres de Valencia, Aragón y Cataluña, se hallasen prontos á reunirse con él en la primera de estas ciudades. Dió principio la guerra, y en uno de los primeros reencuentros perdió la vida en Alcoy el famoso caudillo africano Al Azark, si bien cayendo después los cristianos en una celada fueron acuchillados la mayor parte (1276). No fué este todavía el mayor desastre que los cristianos sufrieron. Apenas convaleciente don Jaime de una enfermedad que acababa de tener, habiase quedado en Játiva mientras sus tropas iban á combatir una numerosa hueste de moros que había pasado á Luxen. El combate fué tan desgraciado para los aragoneses, por mal consejo de sus caudillos, que en él perecieron muchos bravos campeones y gente principal, entre ellos don García Ortiz de Azagra, señor de Albarracín, quedando prisionero el comendador de los Templarios. De Játiva murió tanta gente, que la población quedó casi yerma (3). Este infortunio causó al anciano y quebrantado monarca una impresión tan dolorosa que dejando á su hijo don Pedro todo el cuidado de la guerra, lleno de pena y de fatiga se trasladó de Játiva á Algecira (Alcira), donde se le agravó notablemente su dolencia. Sintiendo acercarse el fin de sus días, y después de recibir

(3) «Por esta causa, según Marsilio escribe, se decía aun en su tiempo por los de Játiva, *el mártir aciago*.» Zur. Anal. lib. III, cap. 100.— El estrago fué tal y la matanza, dice Mariana, que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel día, que era miércoles, de mal agüero y aciago.—Lib. XIV, cap. 2.

## OBJETOS HISTÓRICOS DE VALENCIA Y DE SU CONQUISTADOR DON JAIME I DE ARAGON

Existe en poder del Excmo. Sr. conde de Trígona una joya de inestimable valor; esta joya es una llave de hierro muy bien conservada y de un trabajo artístico acabadísimo: sus dimensiones son venticuatro centímetros de largo y seis en su parte mas ancha. Su gusto y hechura puramente árabes; esta llave parece haber servido poco. En sus guardas tiene una leyenda en caracteres árabes cúficos, cuya traducción significa:

*Si por la defensa de Dios peleas,  
Sé constante y no tendrás victoria tu enemigo.*

Otra leyenda ocupa el resalto del cañon de la llave, en el anillo ó medallón del remate, cuyos caracteres, de la forma de los que usaban los árabes andaluces, dan para su traducción lo siguiente:

*Esto lo hizo Ahmed Ahsan.  
Cerrará la puerta de la ciudad.*

Es fama que esta llave fué la que entregaron los moros de Valencia al rendir la ciudad.

En el archivo municipal de Valencia se conserva dentro de una caja de nogal, forrada de terciopelo carmesí, con doble tapa de cristal, á fin de que pueda verse sin sacarla, la espada del rey don Jaime I; es de hoja recta y de un filo de tres milímetros de grueso, lomo cuadrado y caña hasta los dos tercios, bigotera y espiga de noventa y un centímetros de longitud y treinta y tres milímetros de ancho junto á la empuñadura; esta es de hierro y parece haber estado dorado; pomo en forma de pera pero colocada al revés: puño labrado de anillos y arriaz de gavilan exterior remangado en forma de guardamano y patilla inferior; los gavilanes terminan en un botón. Tiene marca de las desconocidas, colocada á ambos lados junto á la canal, como á un tercio de su longitud.

También existen en dicho archivo, la Señera ó Bandera de Valencia y el Pendón que los moros enarbolaron en señal de rendición; la Señera ó Bandera de Valencia, llamada vulgarmente del *Rat penat*, por tener por armadura una celada con el murciélago, es muy respetada por el pueblo valenciano, y son muy singulares las ceremonias que desde tiempo inmemorial se observan para sacarla, pues como nunca debe abatirse, se sigue con tal rigor este principio, que para no inclinarla al pasar por alguna puerta, cuando tiene que salir para alguna festividad, la bajan por el balcón por medio de unos cordones, tomándola el Sr. Presidente del Excmo. Ayuntamiento, quien la entrega al Sr. Síndico, que es quien debe llevarla como representante de Valencia; cuando salía á campaña, un repique general de campanas lo anunciaba al público; estaba de manifiesto algunas horas en uno de los balcones de las Casas Consistoriales, se descolgaba de allí, y era conducida con todo el respeto posible, junto á la puerta por donde debía salir de Valencia, y bajo los muros tanto de dentro como á la parte de fuera, se construía una especie de tablado por donde subían y bajaban la bandera, todo con el solo objeto de que no pasase por ninguna puerta y se humillara.

Dicha Señera es de tela de seda y lana de oro, tiene dos metros de anchura y tres de larga.

El pendón que los moros pusieron en señal de rendición en la torre del Temple, que también se tiene en grande estima, consiste en una tela de lienzo común, cuya tela central tiene de ancho un metro diez y siete centímetros y las dos laterales, cada una la mitad, formando un total de dos metros veintisiete centímetros.

El escudo y espuela del rey don Jaime y el freno de su caballo, pertenecieron á don Juan Pertusa, caballero que fué de dicho rey; la familia de Pertusa conservó algún tiempo estos venerandos objetos, hasta que los colocaron en su capilla de la Seo, que era la de San Dionisio, y después los trasladaron al segundo poste de los arcos del presbiterio: el escudo es de madera, bastante pesado, de cinco palmos de longitud y tres de latitud; en dicho escudo se hallan colocadas otras dos piezas de arnés; el freno del caballo está completo y marcado con los escudos de Aragón, compuesto de tres piezas de hierro y de bastante peso, clavadas hácia el centro del escudo, pero conservándose hasta la cadencia de la barbada.

Hácia la parte superior del escudo está colocada una de las espuelas, muy enmohecida, tanto, que no se conoce de qué metal puede ser: no se sabe por qué solo existe una, cuando fueron dos las que se colocaron hace tiempo, ni se ha podido averiguar cuándo desapareció la compañera.

En la Armería Real de Madrid se conserva una silla de montar bastante estropeada de don Jaime I, que es la marcada en la lámina con el número 11. La forma de esta silla, que tiene el arzon zagüero volteado, así como la de los estribos, arqueados por la parte donde sientan los pies para afianzarlos mejor al dar el golpe de lanza al enemigo, es exactamente la misma que se usaba en el siglo XIII. Esta silla, así como dos cascabeles del caballo del monarca aragonés, y el yelmo con dragon alado que se dice usaba, se conservaban en Mallorca, de cuya isla pasaron al sitio en que actualmente se custodian.





OBJETOS HISTÓRICOS DE VALENCIA Y DE SU CONQUISTADOR DON JAIME I.

1. Llave árabe de la ciudad, entregada por los moros al rendirse (Existe en poder del conde de Triguera)  
 2 y 5. Espuela y escudo de D. Jaime 3. Bocado y serretón de su caballo (Consérvanse en la Catedral)  
 6. Bandera señera de Valencia 7. Pendón que enarbolaron los moros en señal de rendición 9. Espada de D. Jaime (Consérvanse en la Casa de la Ciudad)  
 4, 8, 10 y 11. Casco, mandoble, estribos y silla de montar de D. Jaime (En la Armería Real de Madrid)



los sacramentos de la Iglesia, llamó al infante don Pedro para darle los últimos consejos, entre los cuales fué uno el de que amase y honrase á su hermano don Jaime, á quien dejaba heredado en las Baleares, Rosellon y Mompeller, encargándole mucho, por lo mismo que conocia no profesarse el mayor amor los dos hermanos, que no le inquietase en la posesion de su reino. Encomendóle tambien que continuara con esfuerzo y energía la guerra contra los moros, hasta acabar de expulsarlos del reino, pues de otro modo no habia esperanza de que dejaran sosegada la tierra, y tomando la espada que tenia á la cabecera de su lecho, aquella espada que por tantos años habia sido el terror de los musulmanes, alargósele á su hijo, que al recibirla besó la mano paternal que tan preciosa prenda le transmitia. Con esto se despidió el príncipe heredero dirigiéndose á la frontera en cumplimiento de la voluntad de su padre, el cual todavia pudo ser trasladado á Valencia, donde se le agravó la enfermedad, y allí terminó su gloriosa carrera en este mundo á 27 de julio de 1276, despues de un largo reinado de sesenta y tres años. «Pronto resonaron, dice Ramon Muntaner, por toda la ciudad lamentos y gemidos de dolor: no habia rico-hombre, ni escudero, ni caballero, ni ciudadano, ni matrona, ni doncella, que no siguiese en el cortejo fúnebre su bandera y su escudo que acompañaban diez caballos.... y todo el mundo iba llorando y gritando. Este duelo duró cuatro dias en la ciudad.... Con iguales demostraciones de dolor fué su cuerpo trasladado al monasterio de Poblet (segun que en su testamento lo habia ordenado). Halláronse allí arzobispos, obispos, abades, priores, abadesas, religiosos, condes, barones, escuderos, ciudadanos, caballeros, gentes de todas clases y condiciones del reino: en tal manera que á la distancia de seis leguas las aldeas y los caminos rebosaban de gente. Allí fueron los reyes sus hijos, las reinas y sus nietos. ¿Qué digo? La afluencia fué tan grande, cual jamás se vió asistir tanta muchedumbre á las exequias de señor alguno de la tierra.... (1).»

Don Jaime I de Aragon, el conquistador de Mallorca, de Valencia y de Murcia, fué uno de los mas grandes capitanes de su siglo: ganó treinta batallas campales á los sarracenos, y su espada siempre estuvo desenvainada contra los enemigos de la fe. Tan piadoso como guerrero, fundó multitud de iglesias en países arrancados de poder de los infieles, y siempre inculcó á sus hijos las máximas de la verdadera religion. Caballero el mas cumplido de su tiempo, condújose muchas veces con admirable generosidad con los reyes de Castilla y de Navarra, defendiéndolos y ayudándolos aun á costa de los intereses de su propio reino. Los ricos-hombres y barones de sus dominios se cansaron mas pronto de conspirar y de rebelarse que él de perdonarlos. Costábale trabajo y violencia, y rehuia cuanto le era posible firmar una sentencia de muerte. Siéntese por lo tanto, siendo naturalmente tan benigno, el desamor con que trató al príncipe primogénito Alfonso y el verle recibir con alegría la noticia de la muerte de su hijo Fernan Sanchez, asesinado por su hermano; y causa maravilla y disgusto y no puede dejar de mirarse como una mancha con que afeó sus muchos rasgos de clemencia, la crueldad que usó con el obispo de Gerona, su director, si es cierto que mandó arrancarle la lengua por haber revelado el secreto de la confesion (2). Como soberano, habíase obstinado impolíti-

(1) Ram. Munt. cap. 28.

(2) Este hecho que apunta Rainald en sus Anal. eclesiast., y sobre el cual guardó Zurita un prudente silencio, le refiere Mariana con alguna extension (lib. XIII, cap. 6). Parece, pues, que aquel prelado reveló al papa Inocencio IV lo que bajo el secreto de la confesion le habia confiado don Jaime acerca de la palabra de casamiento que habia dado á doña Teresa Gil de Vidaure, con quien traia pleito sobre esto en Roma. Noticioso de ello el monarca, mandó arrancar la lengua al obispo, por cuyo acto de inhumanidad el pontífice excomulgó al rey y puso entredicho al reino. Mas como don Jaime manifestara el mayor arrepentimiento, y pidiera humildemente penitencia y absolucion, exponiendo haberlo hecho en un momento de arrebató, el papa facultó á dos legados para que pudieran reconciliarle con la Iglesia; y en una junta de obispos que se celebró en Lérida, y en la cual se presentó el rey con muestras de sincera contricion, alzóse la censura y se le absolvió, dándole una severa reprension é imponiéndole por penitencia algunas fundaciones piadosas.

camente en distribuir sus reinos, y mostró una inconstancia pueril en la reparticion de coronas entre sus hijos, y como hombre, acúsale la historia de incontinente y de sensual, si bien creemos que le ha juzgado en esto con severidad, atendidas las costumbres de los príncipes, con raras excepciones, en aquellos tiempos (3).

En su testamento, hecho en Mompeller en 1272, dejó don Jaime por herederos y sucesores á sus dos hijos legítimos, sustituyéndoles en caso de morir sin sucesion los dos legítimos de doña Teresa de Vidaure; en defecto de estos á los hijos varones de sus hijas, declarando que por ninguna via pudieran suceder hembras en los reinos y señoríos de la corona (4).

## CAPITULO II

### Fin del reinado de Alfonso el Sabio

DE 1276 Á 1284

Es declarado el infante don Sancho heredero del reino en perjuicio de los infantes de la Cerda.—Fágase la reina con los infantes á Aragon.—Cruel suplicio del infante don Fadrique.—Funesta expedicion á Algeciras: destruccion de la armada castellana por los moros; desastrosa retirada del ejército.—Amenazas de guerra por parte de Francia: interponense los pontífices.—Desgraciada campaña contra el rey moro de Granada.—Vistas y tratos de los reyes de Castilla y Aragon en el Campillo.—Córtes de Sevilla.—Desacertadas medidas que en ellas propone don Alfonso: enajénase á su pueblo.—Conjuracion del infante don Sancho contra su padre.—Alianzas de don Sancho: infantes, nobles y pueblos abrazan su partido: es delarado rey en las córtes de Valladolid.—Desherédale su padre y le maldice: excomulgale el papa.—Apurada situacion de Alfonso X de Castilla: llama en su auxilio á los Beni-Merines de Africa, y empeña su corona.—Guerra entre el padre y el hijo.—Abandonan al infante muchos de sus parciales y se pasan al rey.—Enfermedad de don Sancho.—Muerte de don Alfonso el Sabio: su testamento.—Cualidades de este monarca: sus obras literarias.

Ajustada la tregua con los africanos, retirado Yakub Abu Yussuf á su imperio, y puestas en buen estado de defensa y seguridad las fronteras, vino el infante don Sancho á Toledo, donde por medio de don Lope Diaz de Haro, su mas íntimo amigo, solicitó de su padre le confirmara el título de sucesor y heredero del reino, que ya un gran número de ricos-hombres, caballeros y vasallos le habian reconocido en Villa Real. Era el caso que habia dejado su hermano mayor el infante don Fernando de la Cerda, dos hijos varones, don Alfonso y don Fernando, que por fallecimiento de don Juan Nuñez de Lara, á quien su padre al morir lo habia encomendado, se criaban en la compañía y bajo la tutela de su abuela la reina doña Violante. Dudó don Alfonso si podria favorecer

(3) Tuvo en efecto don Jaime relaciones amorosas con varias señoras; entre ellas fué la mas notable doña Teresa Gil de Vidaure, á quien segun graves autores, habia dado antes palabra de casamiento; mas habiéndola repudiado movióle ella litigio, en que llegó á obtener sentencia favorable, si bien no logró que el rey hiciese vida maridable con ella, aunque la llaman reina algunos historiadores; lo que hizo fué legitimar sus hijos, que fueron don Jaime señor de Exérica, y don Pedro, señor de Ayerbe.

De una señora de la casa de Antillon, cuyo nombre no hemos visto en ninguna historia, tuvo á don Fernan Sanchez, á quien dió la baronia de Castro, y de quien tuvo origen la ilustre casa de este apellido.

De otra señora aragonesa llamada doña Berenguela, tuvo otro hijo natural, que fué don Pedro Fernandez, á quien dió la baronia de Hajar, y de él procedieron los del linaje de la casa de Hajar.

Tuvo además otra amiga, llamada doña Guillerma de Cabrera, de quien no se sabe dejase hijos.—Archivo de la Corona de Aragon, núm. 1304 de la coleccion de pergam.

Sus hijos legítimos fueron: de doña Leonor de Castilla, don Alfonso, que murió en 1260; de doña Violante de Hungría, don Pedro que le sucedió en la Península; don Jaime, rey de Mallorca; don Fernando, que murió niño; don Sancho, arzobispo de Toledo; doña Violante, reina de Castilla, mujer de don Alfonso el Sabio; doña Constanza, esposa del infante don Manuel, hermano del rey don Alfonso; doña Sancha, que abrazó la vida religiosa y murió en Jerusalem asistiendo á las enfermas de los hospitales; doña María, religiosa tambien; y doña Isabel, reina de Francia, esposa de Felipe III el Atrevido.

(4) Archivo de la Cor. de Arag. Testam. de don Jaime I.—Zurita. Anal. lib. III, c. 101.